

---

---

# Antoine Watteau en el gozo luminoso de su pintura

---

---

## 1. Recreación de un género y precedentes lejanos

Se suele considerar a Antoine Watteau (Valenciennes, 1684-Nogent-sur-Marne, 1721) como el creador de la pintura galante. La afirmación puede ser aceptada en principio, porque la casi totalidad de la pintura galante posterior, tanto la de los relativamente grandes maestros que en parte la heredaron —Pater (1695-1736), Lancret (1690-1743), De Troy (1679-1752), Nattier (1685-1766)—, como la de los muy importantes Boucher (1703-1770) y Fragonard (1732-1806), no hubiera sido tal como fue si no hubiese existido antes Watteau. Esa afirmación es extensiva incluso a parte de las figuras femeninas de Quentin de la Tour (1704-1788) y Greuze (1725-1805), y también, en cierto sentido, a algunos pequeños maestros que se pasaron a veces de rosca en su sustitución de la insinuación por la narración, pero que eran, a pesar de todo, deliciosos en su sensualidad ingenua. Entre estos últimos convendría recuperar para la historia del arte a secas y no para la del galante tan sólo, a Baudoin (1734-1795) y a Schall (1752-1825).

Excluido el pintor inicialmente citado —Pater—, que fue el único discípulo que tuvo Watteau y que calcó al pie de la letra al maestro, basta con consultar las fechas del nacimiento y la muerte —por eso las he puesto— de todos los restantes pintores galantes, para constatar que muy pocos pudieron recibir en vida de Watteau su influencia directa. Piénsese que de los dos más grandes, Boucher tenía tan sólo 18 años cuando murió Watteau, en tanto Fragonard no nacería hasta quince después de su temprana muerte. Por otra parte, había en Francia una tradición de pintura que, aunque no recibiese el nombre de «galante», lo era de hecho de manera posiblemente más escabrosa que la que luego fue denominada así. Es verdad que todas las obras de esa tradición pertenecen al siglo XVI y que hubo, por tanto, solución de continuidad entre las mismas y las de Watteau y sus herederos del siglo XVIII. Buena parte de esas pinturas quinientistas son anónimas y destacan entre las mismas dos tablas de escuela francesa tan deliciosas como la de «Sabina Popea», del Museo de Arte e Historia, de Ginebra, y la de «Gabrielle d'Estrées y su hermana», del Museo del Louvre. A esa misma corriente pertenece otro anónimo, atribuido, de manera más concreta, a la Escuela de Fontainebleau, que representa una «Dama en su tocador», y que se conserva en el Museo de Dijon, y también varias obras de pintores de nombre conocido y fama reconocida, entre las que cabe destacar la «Mujer en el baño», de Clouet, actualmente en la Galería Nacional de Washington. Hay además en Francia un pintor poco conocido, del que lo único que se sabe es que se apellidaba Toussaint-Dubreuil y que nació en París en 1561 y murió en la misma ciudad en 1602.

Se han identificado algunos de sus cuadros y son de una sensualidad hasta entonces inédita en la pintura occidental. En obras como «El despertar de una dama», los velos y las gasas le sirven para velar y no velar simultáneamente, creando una ambientación que tiene algo de buscadamente ingenuo en medio de su deliciosa picardía coqueta. Todo ello puede anticiparse a Watteau, pero aunque en Toussaint-Dubreuil sea también más lo que se insinúa que lo que se relata directamente, no lo hace con esa maestría infalible que caracteriza a su lejano heredero. Lo mismo sucedía en Alemania, con obras como la «Venus» de Lucas Cranach el Viejo o la «Vanitas» de Hans Baldung Grieg, dos grandes coquetas, entre otras varias de ambos autores, de mirada pícaramente inocente.

Ante esta abundancia de precedentes franceses y de otras naciones europeas, parece extraño que Jacques y François Gall, los dos mejores conocedores de esa pintura y del ambiente que la hizo posible, los hayan pasado por alto en su insustituible libro *La Peinture Galante Française du 18ème Siècle*. Al fin y al cabo se habían dado en un ambiente no demasiado diferente en ese aspecto del que se destapó en el siglo XVIII y respondían, posiblemente, a un espíritu bastante similar al que tuvo vigencia en la «alta sociedad» francesa durante los cortos 74 años transcurridos entre la muerte de Luis XIV y el estallido de la gran revolución en 1789.

Esa sociedad de nobles ociosos y de mujeres intrigantes y de burgueses enriquecidos que imitaban descaradamente a los nobles, era, sin duda, tan frívola como inauténtica, pero también lo había sido sin grandes tapujos bajo Enrique IV, Francisco I y Luis XIII, durante la totalidad del siglo XVI y buena parte del XVII.

Cuando murió Luis XIII en 1643 la regencia de Ana de Austria fue breve. En 1651, el nuevo rey cumplió trece años y se consideró que podía hacerse cargo del gobierno. Bajo la regencia de Ana se había desatado en la corte una ola de puritanismo que el rey, aconsejado posiblemente por Mazarino, mantuvo oficialmente durante la totalidad de su largo reinado. Es posible además que, tanto Ana de Austria como los consejeros del rey y del primer ministro, hubiesen tenido en cuenta la importancia que, precisamente a partir de 1643, estaba adquiriendo el jansenismo y lo mucho que molestaban en Port-Royal todas las transgresiones sexuales, incluidas las más inocentes. Es significativo a este respecto, que incluso un hombre tan ponderado como el dramaturgo Jean Racine, que había sido liberal, e incluso cáustico en su juventud, acabase en su revelador libro sobre Port-Royal, documento muy útil para la comprensión de ese momento, defendiendo un puritanismo que era, por añadidura, sincero en su caso.

Menos sincero, a juzgar por su vida privada, era el del Rey Sol, pero decidió, al menos, guardar las formas. Lo que pudiese pasar en cualquier alcoba tenía, en el mejor de los casos, que convertirse en asunto privado, pero pobre del que lo sacase provocativamente a la luz y cayese en el «pecado de escándalo». Puede suponerse además que su mujer, María Teresa de España, otra reina española tan sincera como su suegra, la reina Ana, en sus creencias religiosas y en sus ideas morales, tendiese a robustecer ese puritanismo postizo de su consorte, tanto por convencimiento religioso como por conveniencia personal. Todo conspiraba, por tanto, contra la perduración de aquella encantadora y delicada pintura. El resultado de tanta hipocresía puritana



*Watteau: «Fiesta veneciana» (detalle).*